

Salve, dulce primavera,
 que en la aurora de mi vida (...)

 Primavera, primavera,
 tú no dices la verdad.

 Y después de todo, ¡siento
 que hay algo en mi corazón! (12).

Otro testimonio, directo y elocuente, de nuestra posición, lo he encontrado en la edición de Méndez Plancarte, donde el gran crítico mejicano agrupa, bajo el epígrafe «Hacia el alba de oro», las poesías finales de Rubén (de 1914 a 1916), en su último y definitivo viaje hacia el más allá. Versos todos, de fuerte cargazón espiritual y meditativa, que apuntan a la meta que perseguía el vate; después de haberse ido, «para no volver», ese «divino tesoro» de la juventud perdida, «el dulce tiempo de la primavera» (13).

Ahí está su «alba de oro», hacia la que caminó despacio y seguro, aunque la «sed de amor», tercamente, también quisiera *acercarle* —¡ay!, solamente— «a los rosales del jardín.»:

y el lucero del alba no era aún tempranero.

 y yo, en mi pobre burro, caminando hacia Egipto,
 y sin la estrella ahora, muy lejos de Belén (14).

b) *Poema del otoño* (15)

Si ante el fracaso de su «plural historia», al paso del tiempo, parecía que el poeta, tras las escaramuzas en el asedio del jardín se encaminaba a una incógnita «alba de oro», nos surge, de pronto, este nuevo poema, aparentemente contra dicha actitud renovadora. Sin embargo, será ilusoria tal marcha atrás; no hay rectificación posible, aunque se intente.

El «Poema de otoño» adoptará un tono afirmativo y retador, pero la impotencia, soterráneamente, mina las energías propuestas.

A pesar de los propósitos alardeados, la composición es triste y pesimista. Ya lo era al mantener la consabida imagen de la «cabeza gris»;

(12) *Ibidem*, pp. 323, 325 y 329.

(13) Estas últimas palabras pertenecen a «Primavera», de *El año lírico*, en *Azul...*, *Poesías completas*, p. 515. Otra simbólica exaltación de la primavera, con la amenaza de lo caduco, aparece en el soneto, de equívoco título, «La anciana», *Prosas profanas (Poesías completas)*, pp. 616-617.

(14) Pertenecen estos versos al precioso «Soneto pascual», primer poema de la referida sección *Hacia el alba de oro*, fechado, según Méndez Plancarte, en Nueva York y en la Navidad de 1914, dos años antes de la muerte de Darío.

(15) Como libro—*Poema del otoño y otros poemas*—fue publicado en Madrid, Biblioteca Ateneo, 1910. En las *Poesías completas*, pp. 771-776.

y no bastará con que la adjétive ahora, de «orgullosa» y dispuesta a recibir los «mirtos» del triunfo.

Ya lo vio también Salinas: «Parece una rectificación del estado de ánimo de la "Canción", una lírica palinodia. Suena, a ratos, a victoria, a nuevo entronizamiento del placer erótico, en su reino absoluto. Pero mirado de cerca es, si no derrota, pacto, triste acomodo impuesto por el mismo poder que se quiere negar: el tiempo. Porque significa, en forma aún más patética, la admisión del terrible factor temporal en la vida erótica, la sumisión inescapable del erotismo» (16).

Si cabe, afirmo, resulta más exultante la «Canción». No en balde se titulaba así, con denominación mucho más ligera; y hasta el ensombrecido *otoño* quedaba equilibrado con su término contrario: *Otoño en primavera*.

Este otro no es *Canción de*, sino *Poema del*: y basta esta mínima diferencia léxica para que domine *Otoño*.

Así como en aquella primera estrofa del anterior poema, un verbo con sentido de movimiento marcaba lo transitorio, *te vas*; aquí (e igualmente en la cuarteta inicial), otro de análoga significación, *pasar*, presenta el mismo problema:

*¿has dejado pasar, hermano,
la flor del mundo?*

Detrás de él se adivina la posición considerativa:

*«Tú, que estás la barba en la mano
meditabundo...»*

... ..

*Es verdad que,
«¡aún hay promesas de placeres
en las mañanas!»*

Mas eso, tan sólo promesas...

Y en efecto, comienza, en una no *historia*, sino *proyectos*—el ayer o el mañana—, las parejas antitéticas, que se deshacen e inutilizan, recíprocamente. Entre otras: «hora amable / imprecación de Ede-siastés», «domingo de amor / miércoles de ceniza», «amarga prosa / mística rosa», «Hécate hace aullar los mastines / mas Diana es bella», «gozad de la tierra / se tornará en polvo y ceniza», «gozad del sol / estaréis ciegos», «gozad del canto / no tendréis boca», «victoria / combate» y la final (estrofa última a su vez), como espléndido colofón, con carácter de sentencia resumidora:

*¡Vamos al reino de la Muerte
por el camino del amor!*

(16) SALINAS: *Op. cit.*, pp. 155-156.

En ese laberinto de contradicciones, que solicitan por encontrados caminos al hombre, está toda la densidad trágica y triste de dicho «Poema».

Y siempre la misma razón del anímico encuentro consigo mismo: el tiempo:

*El viejo tiempo todo roe
y va de prisa...
¡Desventurado el que ha cogido
tarde la flor!
¡Y ay de aquel que nunca ha sabido
lo que es amor!*

Por esto la invitación apresurada; el clarinazo de lucha:

*Cojamos la flor del instante
.....
Mas coged la flor del instante
cuando en Oriente
nace el alba para el fragante
adolescente.*

Junto al indudable tono de lamentación del «Poema», unas estrofas, colocadas en puntos claves de la composición, escalonadamente, con rotundo timbre de afirmación y seguridad. Veámoslas:

*Y, no obstante, la vida es bella,
por poseer
la perla, la rosa, la estrella
y la mujer.*

*.....
Y sentimos la vida pura,
clara, real,
cuando la envuelve la dulzura
primaveral.*

*.....
Nuestro cráneo guarda el vibrar
de tierra y sol,
como el ruido de la mar
el caracol.*

*La sal del mar en nuestras venas
va a borbotones;
tenemos sangre de sirenas
y de tritones.*

*A nosotros, encinas, lauros,
frondas espesas;
tenemos carne de centauros
y satiresas.*

Dominándolo todo, ante la perplejidad de ese *otro hermano*, el «doble», que reside en sí mismo, medita y piensa de nuevo en la invitación hedonista, enlazada con aquel tímido propósito de rodear el jardín, presto al asalto, de la «Canción». Aunque aquí de manera enardecida, pues es, *para los demás*, en quienes el *paso* de la juventud, aún no es *ida* total:

*¡Adolescencia! Amor te dora
con su virtud;
goza del beso de la aurora,
¡oh juventud!*

Se podrá decir, y ya se ha escrito (17), que esta invitación al placer y consiguiente posición de Rubén es puro seguimiento de temas tradicionales en la literatura. Todo ello sería verdad y suficiente para crear y defender una corriente de imitación, de no mediar algo de mucha más importancia en el caso de Darío: su experiencia vital.

Ella y no otra fue su principal fuente inspiradora, no obstante lo mucho que debiera, a su vez, a indudables motivaciones culturalizantes, aquí también vivas.

Lo corroboran las fechas de esas dos composiciones analizadas, así como los detalles coetáneos en la atormentada biografía rubeniana.

El mismo poeta nos facilita tan segura interpretación, al hablar en primera persona, su propio y sincero yo, para explicar, precisamente, ese cambio psíquico experimentado al decir forzosamente adiós a sus ansias e impulsos juveniles; aquellos que le habían hecho un día cantar procazmente:

*y en tanto canta el agua bajo el bosque oscuro,
junto a la adolescente que en el misterio inicio
apuraré, alternando con tu dulce ejercicio
las ánforas de oro del divino Epicuro (18).*

No en balde estos versos correspondían a un poema de *Cantos de vida y esperanza*, titulado, con evidencia reveladora, «Propósito primaveral».

Mientras que la confesión autobiográfica aludida pertenece al momento otoñal de su existencia:

*Yo sé que hay quienes dicen: ¿Por qué no canta ahora
con aquella locura armoniosa de antaño?
Esos no ven la obra profunda de la hora,
la labor del minuto y el prodigio del año.*

(17) Así lo indica ANTONIO OLIVER BELMÁS: «Se trata de un *carpe diem*. De un goza de tu día, aunque sea en el otoño». En *Nuevas notas bibliográficas y textuales a las Poesías completas*. Aguilar, S. A., 1967, p. 1241.

(18) *Poesías completas*, pp. 684-685.

*Yo, pobre árbol, produje, al amor de la brisa
cuando empecé a crecer, un vago y dulce son,
Pasó ya el tiempo de la juvenil sonrisa:
¡dejad al huracán mover mi corazón!*

(«De otoño», en *Cantos de vida y esperanza*)

Entre una y otra actitud, zarandeado por lo temporal, el Rubén eterno, siempre a caballo sobre posiciones extremas; las cuales se compenetraban, paradójicamente, dentro de su verdadera naturaleza; la de poeta sincero y auténtico.

*Hermano, tú que tienes la luz, dime la mía.
Soy como un ciego. Voy sin rumbo y ando a tientas.
Voy bajo tempestades y tormentas
ciego de ensueño y loco de armonía.*

*Ese es mi mal. Soñar. La poesía
es la camisa férrea de mil puntas cruentas,
que llevo sobre el alma... (19).*

(«Melancolía», en *Cantos de vida y esperanza*)

EL ROMANCE GONGORINO

Según la crítica cronológica sobre la producción poética de Góngora, a su romance «Que se nos va la Pascua, mozas», se le adjudica la fecha de 1582; por tanto (a diferencia de las composiciones rubenianas analizadas), es obra de juventud. No lo afirmo en el sentido de obra primeriza, sino respecto a la edad del autor.

También Góngora cantará, en él, efectos del tiempo; pero si Rubén los verificaba en sí mismo, Góngora los verá en los demás. El tono ha de ser, pues, distinto. En éste la copiosa tradición poética, al respecto, debió pesar; en aquél fue, en gran parte, efecto de la propia experiencia. La visión rubendariana trascenderá a profunda y dramática; la gongorista, resultará juguetona, burlesca, con apariencia intrascendental; aunque la gravedad del tema se impondrá, como veremos.

a') *Análisis del contenido*

El romance, según es conocido, comienza con la siguiente estrofa temática:

*¡Que se nos va la Pascua, mozas,
que se nos va la Pascua!*

(19) *Ibidem*, p. 675.